

ganas de llorar, canto ó bailo. Ese Locinski valsa como polaco que es; cosa maravillosa. Y cuando se ha valsado toda la noche, no se tienen ganas de ir á la cama; he ahí por qué fuimos al Bosque.

—No se hable más de eso.

—Y tu locura es lo que no me hubiese dejado dormir. ¡Cuando pienso que en media hora perdiste lo suficiente para hacerme rica!

—¡Ya se recobrará eso!

—Sí, se recobrará. Te respondo de que el señor Marx no gastará en procurarse paraíso tus doscientos cincuenta mil francos. Le he escrito ya; vendrá á comer conmigo.

Gontrán dejó sobre el lecho la mano de Lucía.

—¡Cómo! ¿Has escrito á ese animal?

El joven había recuperado toda su indignación.

—¡Qué hermoso eres! Tomo lo mío donde lo encuentro. Por respetarte no me fui anoche con él; porque él consideraba muy natural haberte ganado. «¿Qué importa eso,—me decía,—puesto que le he devuelto el ramillete?»

—¡Oh abominables rosas ajadas y profanadas!—exclamó Gontrán.

Y las arrojó contra el suelo y las pisoteó.

Visto lo cual, díjole Lucía, con el aire más natural del mundo:

—Muy bien, gracias; he ahí todo lo que me quedaba.

Gontrán avergonzose de Lucía y de sí mismo. Sacó del bolsillo de su chaleco veinticinco luises, se los tiró á la comedianta y se marchó sin volver la cabeza.

¡Oh vileza del corazón! Cuando estuvo en la calle, se le ocurrió mirar hacia lo alto. No sé si la señorita Lucía contaría los luises; lo cierto es que no había abierto el balcón.

## IX

*La familia*

Cuando Gontrán llegó al Parque de los Príncipes para batirse, habíase tornado hombre. Tomó la espada diciéndose:

—¡Muy bien, si muero, muy bien, si salgo vivo! ¡Pero juro ante Dios no volver á caer en aquel infierno!

Los dos rivales salieron heridos: Gontrán levemente en el brazo; el conde polaco recibió una herida más grave: la espada de su adversario le entró en el costado.

Cuando Gontrán volvió á su casa, el brazo en cabestrillo, encontró á su madre llorando.

—No es nada,—le dijo,—un arañazo.

—¡Cómo! ¿Otra desgracia?

Lloraba porque el señor Staller acababa de llegar enfermo, después de perder su pleito.

Un hecho era aquello: las negras aves cerníanse sobre la casa.

Gontrán quiso consolar á su madre antes de abrazar al autor de sus días.

—Mamá, te juro que no seré yo quien te cause pena; perdóname todas mis locuras. Y tranquilízate, porque he acabado con esta vida á la moda.

El señor Staller había asistido estoicamente á todo aquel proceso que podía abrir una gran brecha en su fortuna. No pestañeó al oír la sentencia; pero, de regreso en la fonda, fué víctima de un derrame. Había

vuelto en sí, mas sin recobrar sus fuerzas, y había querido volver inmediatamente á París.

Fué una desesperación para su mujer y para su hija cuando los criados le condujeron á su cuarto, pálido y desmejorado, cual si acabara de salir de una larga enfermedad.

—No es menester que tu padre sepa que te has baido,—advirtió su madre á Gontrán.—Le diré que te caíste ayer, yendo con nosotros, en la escalera de la condesa de Lannoy. Ve pronto á abrazarle y no le digas que estoy llorando.

Gontrán sintió un gran dolor. Se figuró que era él quien había dado el primer golpe á su padre.

Así es que rompió en sollozos al estrecharle contra su pecho.

—No estoy tan enfermo como creéis,—dijo el señor Staller.—Sabes, por otra parte, que la muerte da tres avisos, y éste es el primero. Si soy prudente, aun viviré tres años.

El señor Staller no murió, mas no volvió á ser lo que fuera. La savia no reapareció en aquella recia salud frondosa y nudosa como la encina de los montes. El viento de la muerte había azotado las hojas; la parálisis llegó á las más bellas ramas. ¡Horrible prefacio de la tumba! No se recobra sino la mitad de sí mismo; las hipotecas de la muerte encadenan y arruinan el resto.

Era la hora del desayuno; sentáronse tristemente en torno de la mesa; sin embargo, hablaron de la fiesta de la víspera.

—Comprendo, al fin,—dijo la señorita Staller á su hermano,—por qué abandonaste á la señorita de Marcy á la hora de cenar. Fué á causa de tu duelo.

—Efectivamente...

Gontrán pensó en Lucía; pero rechazó esta imagen al punto.

—¿Te divertiste mucho?—preguntó á su hermana.

—Sí; ya sabes que tengo segura mi diversión en los buscadores de oro que me siguen. Desde que se sabe que mi padre me da un millón, salen los adoradores de bajo tierra. Pero, desgraciadamente para mí, es triste la cosa.

—Comprendo. Te gustaría más que en el juego entrase el corazón. Pero, después de todo, no es el ser rico un motivo para no inspirar amor.

—Además,—dijo tristemente la madre, que era mujer de talento,—si á diario no se corrige una del defecto de ser joven, suele ocurrir que tenga que corregirse del defecto de ser rica. ¿Dónde irá hoy tu padre por el millón que te pensaba dar antes de su proceso?

El lacayo anunció en aquel momento á un auvernés que no quería entregar una carta sino mediante recibo.

—Quizá sea la fortuna de regreso,—dijo Gontrán, queriendo sonreír.—Conque ¿una carta con valores? Traédmela.

El lacayo reapareció, trayendo la carta en una bandeja de plata.

Gontrán firmó un recibo. Reconoció la letra de Lucía.

La señorita Staller, que leía en su rostro, no se atrevió á preguntarle; pero la madre le dijo bruscamente:

—¿Qué es eso?

Gontrán era un corazón recto, no á propósito para la mentira; así es que tuvo todas las penas del mundo para contestar:

—No es nada, madre mía; carta de un amigo que ha perdido al juego.

—¿Juegas tú acaso?

Esta pregunta hizo que se apoderasen de Gontrán todas las angustias de la penúltima noche.

—¡Oh Dios mío!—pensó.—¡Iba á olvidar que debo cincuenta y seis mil francos!

La primera mentira le impulsó naturalmente á la segunda; contestó á su madre:

—No, no juego.

La señora Staller sentíase inquieta en grado sumo, desde hacía algún tiempo, á causa de las ausencias de su hijo.

Aun cuando éste se hallaba en su presencia, veía claro que el hijo no pertenecía ya á la madre; juzgaba que una mujer se lo había robado en cuerpo y alma. No se engañaba al pensar que aquella carta encerraba el secreto de aquel amor. Pero ¿por qué había dinero en aquella carta?

—Enséñame eso, Gontrán.

—¿Qué verías aquí? ¡Locuras de jóvenes!

—¿No se trata de una deuda de juego?

—¿A qué iniciarte en todo esto? Y hay aquí una historia que no puedes saber, por ser un secreto que no me pertenece.

—Muy bien,—dijo la madre.—Aun cuando fuera un secreto tuyo, nada me importaría. Lee para ti solo.

El mismo Gontrán no adivinaba por qué había dinero en aquella carta; pero no quiso abrirla delante de su madre y de su hermana. Metióse la en el bolsillo, cual si el perfume que exhalaba envenenase el santuario de la familia.

Tenía prisa por subir á su habitación. Cuando se halló sólo, rompió los cinco sellos; porque la señorita Lucía se había divertido—se divertía siempre—poniéndole

dole cinco sellos, como si la carta hubiera de haber sido echada al correo.

¿Cuáles eran las armas de Lucía? Era Venus saliendo de las olas. Lacraba sus cartas con un sello antiguo; había aprendido la antigüedad en las óperas de Offembach.

Veinticinco luises cayeron en manos de Gontrán; no había otra cosa en el sobre. Desgarró éste, miró bien; ni una palabra.

Por fin comprendió. Aquéllos eran los veinticinco luises que arrojara á Lucía para significarle su desprecio.

—Después de todo,—se dijo,—¡si con esto pudiera pagar mis cincuenta y seis mil francos!

A pesar suyo, pensó en la comediante; experimentó alguna alegría al decirse que aquel corazón perverso no estaba perdido completamente. Devolviéndole aquel dinero en silencio, la joven mostraba en su infamia alguna dignidad.

Poco á poco cayó en el enfermizo sentimiento en que el hombre se complace en levantar á las mujeres de su caída.

Con un poco de buena voluntad, no le parecía imposible encontrar todavía alguna virtud en aquella alma turbada, como se encuentra el cielo en los torrentes sin pureza.

Salió, sin saber á dónde iba. Poco faltó para que pasara por la calle de Helder. Verdad es que tenía que intentar algo en la calle de la Victoria, en casa de un amigo—amigo de cigarros y de bastidores—que vivía lujosamente aun en tiempos de malos negocios.

—Es menester que me prestes sesenta mil francos antes de una hora,—le dijo.

—¡Ah, querido! La Bolsa ha sido ingrata; vengo de

ella: está horrible. No hay sesenta mil francos para un hombre honrado.

—Firmaré pagarés.

—Piensa que te pondrán un interés extremadamente elevado.

—No regateo.

—Pues bien: vamos á casa de Morvan. Dice que no quiere hacer nada, pero le decidirá tu nombre.

Subieron á casa de maese Morvan, un banquero que afirmaba que el oro no tiene tasa legal. Se discutió una hora; decía que no poseía un sueldo, que el dinero andaba caro, que se vería precisado á fundir la campañilla, y otras expresiones familiares á los que manejan valores. Por fin se decidió á dar sesenta mil francos á cambio de cien mil en letras de cambio á cobrar al cabo de un año.

Un año, para Gontrán, era el fin del mundo; firmó sin emoción, prometiéndose ya dejar caer cincuenta y seis mil francos, desde lo alto de su altivez, en manos de Eugenio Marx.

Así es que, en cuanto tuvo los billetes de Banco, salió, sin querer continuar la conversación sobre los puntos negros del horizonte financiero.

Su amigo siguió hablando con Morvan. Y pronto se hizo el arreglo.

—¿Cuánto para mí?

—Un apretón de manos.

—¡Te morirías!

—Yo arriesgo el capital.

—¿Y los cuarenta mil francos de interés?

—Lo mismo que un asunto de Bolsa.

—Bueno; ¿y si yo fuese agente de cambio?

—El ocho por ciento.

—¡Te vas á arruinar!

—Y dentro de un año, cuando Gontrán haya pagado. Ya sabes que yo hago así los negocios.

—Pues bien: te doy mi querida hasta fin de mes; dinero contante.

—¿Tu querida? Mucho tiempo hace que la vengo empleando.

Y otras frivolidades en estilo de Bolsa.

## X

*La vida privada está murada.*

Entraremos, si gustáis, en casa de la señorita Lucía.

Al ver caer el puñado de monedas de Gontrán, no le fué posible dominar su cólera. Se levantó como una furia y las cogió para tirárselas á su vez á su amante. Aquélla hubiera sido una linda música en la escalera; mas, como quiso recogerlas todas, notó que era ya tarde. Pensó en arrojárselas por el balcón; pero estaba muy ligeramente vestida, ¡y tenía el pudor del frío! Porque no se ha de olvidar que transcurría el mes de enero.

—No perderá aunque espere,—se dijo;—se los enviaré á domicilio, con una carta que le haga palidecer de rabia. Le escribiré que su adversario está aquí, que hoy cenó con Marx, que no volverá á entrar en mi casa.

¿Por qué no escribió Lucía? Porque tenía bastante mala intención y talento, para saber que el silencio es la más cruel de las elocuencias.

Durante el duelo, ¿qué ocurría en aquel corazón insaciable?